

## La Fiesta de las Cabañas

---

***Al terminar la vendimia y la cosecha del trigo, celebrarás durante siete días la fiesta de las Enramadas. Te alegrarás en la fiesta junto con tus hijos y tus hijas, tus esclavos y tus esclavas, y los levitas, extranjeros, huérfanos y viudas que vivan en tus ciudades (Deuteronomio 16: 13-14).***

---

**D**ESPUÉS DEL DÍA DE LA EXPIACIÓN venían las alegres festividades de la Fiesta de las Cabañas. Se celebraban cinco días después y simbolizaba la feliz reunión de Cristo con los redimidos en la tierra nueva, una vez que el pecado fuese eliminado de la tierra y de su pueblo.

Durante estas fiestas, que duraban ocho días, los israelitas recordaban las peregrinaciones de sus padres en el desierto, cuando viajaban de Egipto a la tierra de Canaán. Toda la fiesta era una alegría indescriptible, por el fin de los trabajos del año agrícola y la gratitud por el cuidado y la bondad de Dios. «Los servicios del último día de la fiesta eran de una solemnidad peculiar; pero el mayor interés se centralizaba en la ceremonia que conmemoraba cuando surgió agua de la roca» (*A fin de conocerle*, p. 105).

«A fin de conmemorar su vida en tiendas, los israelitas moraban durante la fiesta en cabañas o tabernáculos de ramas verdes. Los erigían en las calles, en los atrios del templo, o en los techos de las casas. Las colinas y los valles que rodeaban a Jerusalén estaban también salpicados de estas moradas de hojas, y bullían de gente» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 412).

«Así como los hijos de Israel celebraban la liberación que Dios efectuó para sus padres, y la forma milagrosa en que los preservó durante su viaje de Egipto a la tierra prometida, así el pueblo de Dios debiera en la actualidad recordar con gratitud las diversas formas en que él los ha sacado del mundo, de las tinieblas del error, a la preciosa luz de la verdad. [...] Con gratitud, debiéramos considerar las sendas antiguas y refrigerar nuestra alma con el recuerdo de la bondad amante de nuestro generoso Benefactor» (*A fin de conocerle*, p. 107).

## El altar del sacrificio

---

*Desarmó a los poderes y a las potestades, y por medio de Cristo los humilló en público al exhibirlos en su desfile triunfal (Colosenses 2: 15).*

---

**P**OR MEDIO DE LOS RITOS Y LAS CEREMONIAS del santuario, Dios quería enseñar los principios del plan de la salvación para el ser humano. No quiere decir que todos los israelitas percibían. Pero para los que reflexionaban y meditaban en ellos, esos servicios les enseñaban el fundamento del evangelio.

Pero los muebles también debían transmitir ciertas verdades que se revelarían con mayor claridad a las generaciones posteriores. El primer mueble que encontramos es el altar de los holocaustos. Sobre él se sacrificaba todo animal que servía como expiación. Llegó a ser un símbolo de muerte, derramamiento de sangre y expiación. Decir «altar» era referirse al lugar del sacrificio, de la sangre vertida y de la víctima que muere como sustituto del pecador.

Este mueble se encontraba en el atrio, frente a la puerta de entrada al santuario y fuera de ella. Siglos más tarde, ese dato tuvo significado para los judíos que aceptaron a Cristo como su expiación del pecado, porque él también sufrió fuera de la puerta (Heb. 13: 12).

El altar de los sacrificios llegó a ser un símbolo de la cruz del Calvario, donde Cristo, por su muerte, sustituyó al pecador. Fue allí donde derramó su sangre para salvar al hombre. Por eso el tema de la sangre de Cristo corre como un hilo de oro a través de las páginas del Nuevo Testamento. Por medio de su uso profuso y significativo, se rememora el ritual del santuario con su énfasis en la expiación y el derramamiento de sangre.

La sangre llegó a ser un símbolo del triunfo de Cristo: «Para pastorear la iglesia de Dios, que él adquirió con su propia sangre» (Hech. 20: 28). Él triunfó sobre las fuerzas del mal que querían la destrucción de la raza humana. Su sangre vertida en la cruz alcanzó la victoria. Nosotros también participamos de su triunfo. Somos más que vencedores por su sangre derramada.

## Su sangre da vida

*Por eso también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, sufrió fuera de la puerta de la ciudad (Hebreos 13: 12).*

**L**A MUERTE DE CRISTO EN LA CRUZ CUMPLIÓ lo prefigurado en el altar de los sacrificios. Su sangre vertida representa su vida entregada en favor del pecador.

La sangre de Cristo llegó a ser también un medio para apaciguar la ira de Dios: «A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre» (Rom. 3: 25; RV95). La sangre de Cristo propició la ira de Dios y trajo la paz entre el hombre y Dios. Ya no es nuestro enemigo. Estamos reconciliados y en paz con él por lo que Jesús hizo en la cruz.

Además, la sangre que Cristo derramó llegó a ser el medio por el que se alcanza la justificación: «Y ahora que hemos sido justificados por su sangre, ¡con cuánta más razón, por medio de él, seremos salvados del castigo de Dios!» (Rom. 5: 9). Dios ya no nos considera pecadores, porque Cristo derramó su sangre por nosotros, que hace posible que nos vistamos con el manto de su justicia.

La sangre de Cristo hace posible que seamos santificados: «Por eso también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, sufrió fuera de la puerta de la ciudad» (Heb. 13: 12). En virtud de su muerte en la cruz, Cristo adquirió el derecho de derramar su Espíritu sobre sus seguidores. El Espíritu Santo es el poder divino que transforma la vida de las personas. Por su poder somos transformados poco a poco para recuperar la imagen perdida de nuestro Hacedor.

La sangre de Cristo se convirtió en agente de nuestra redención: «En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados» (Efe. 1: 7). Antes estábamos perdidos, pero Cristo nos redimió. Habíamos sido esclavos del mal, pero él nos emancipó. Estábamos presos en nuestros delitos y pecados, pero él nos liberó. Estábamos secuestrados, pero él pagó nuestro rescate. Habíamos caído en el nauseabundo foso del mal, pero él extendió su mano para sacarnos.

## La sangre del Nuevo Pacto

---

*«Ellos no son del mundo, como tampoco lo soy yo» (Juan 17: 16).*

---

**L**A SANGRE DE CRISTO llega a ser un símbolo de su triunfo sobre los poderes del mal, y también signo de nuestra reconciliación con Dios, nuestra justificación, nuestra santificación y nuestra redención.

Pero también es una señal del Nuevo Pacto: «De la misma manera, después de cenar, tomó la copa y dijo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto, cada vez que beban de ella, en memoria de mí”» (1 Cor. 11: 25). Los israelitas con sus rebeliones y violaciones de la ley rompieron el pacto que Dios había hecho con ellos. Dios, sin embargo, prometió: «Vienen días — afirma el Señor— en que haré un nuevo pacto con el pueblo de Israel y con la tribu de Judá. No será un pacto como el que hice con sus antepasados el día en que los tomé de la mano y los saqué de Egipto, ya que ellos lo quebrantaron a pesar de que yo era su esposo — afirma el Señor—. Este es el pacto que después de aquel tiempo haré con el pueblo de Israel — afirma el Señor—: Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo»» (Jer. 31: 31-33). Cristo cumplió esta promesa. Por medio de su muerte entramos en un nuevo pacto con Dios.

Mediante la sangre de Cristo somos hechos ciudadanos del reino de Dios: «Recuerden que en ese entonces ustedes estaban separados de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, a ustedes que antes estaban lejos, Dios los ha acercado mediante la sangre de Cristo» (Efe. 2: 12, 13). Por causa del pecado perdimos nuestra ciudadanía celestial. Éramos extranjeros y advenedizos en este mundo. No teníamos derechos ciudadanos. Nos sentíamos alejados de los miembros de la familia de Dios. Pero Cristo nos dio la ciudadanía.

## Sangre intercesora y purificadora

*Pero si vivimos en la luz, así como él está en la luz [...] y la sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1: 7).*

**L**A SANGRE DE CRISTO ES EL INSTRUMENTO de su intercesión: «Cristo, por el contrario, al presentarse como sumo sacerdote de los bienes definitivos en el tabernáculo más excelente y perfecto, no hecho por manos humanas (es decir, que no es de esta creación), entró una sola vez y para siempre en el lugar santísimo. No lo hizo con sangre de machos cabríos y becerros, sino con su propia sangre, logrando así un rescate eterno» (Heb. 9: 11, 12). Cristo, en virtud de su sangre derramada en la cruz se convirtió en nuestro sumo sacerdote. Es ahora nuestro único mediador, por quien podemos tener acceso a Dios. Ahora podemos acercarnos al Señor con libertad y confianza: «Así que, hermanos, mediante la sangre de Jesús, tenemos plena libertad para entrar en el lugar santísimo, por el camino nuevo y vivo que él nos ha abierto a través de la cortina, es decir, a través de su cuerpo; y tenemos además un gran sacerdote al frente de la familia de Dios» (Heb. 10: 19-21). En el nuevo esquema de la salvación, ya no tenemos muchos intermediarios. Cristo es nuestro mediador que nos abrió una puerta nueva para acceder a Dios. Él es un ser humano; y a través de su humanidad, regresamos a Dios.

Este nuevo sacerdote que nos representa ante Dios, logra por su sangre lo que no se podía de otra manera: limpiar nuestras conciencias. «Si esto es así, ¡cuánto más la sangre de Cristo, quien por medio del Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de las obras que conducen a la muerte, a fin de que sirvamos al Dios viviente!» (Heb. 9: 14). En el sentido literal, la sangre mancha lo que toca. En el sentido espiritual, la sangre de Cristo limpia la mancha que el pecado deja sobre la conciencia del pecador.

## Sangre que limpia la conciencia

---

*Aquellos son los que están saliendo de la gran tribulación; han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero (Apocalipsis 7: 14).*

---

**L**A SANGRE DE CRISTO ES CAPAZ de limpiar nuestra conciencia del mal. En los servicios del santuario ofrecidos diariamente, la sangre de los animales cubría los pecados, para que el oferente pudiera regresar a casa con una conciencia tranquila, y liberarse así de la culpa, que es tan destructiva. De este modo, la gente se sentía bien. Es algo así como cuando tenemos un fuerte dolor de cabeza y tomamos un analgésico. Decimos que desapareció el dolor. En realidad, la causa no desaparece. Lo que sucede es que no sentimos dolor. Los israelitas iban al santuario llevando su ofrenda por la culpa a buscar un analgésico, para sentirse bien. Regresaban a sus casas con una conciencia tranquila, con la promesa del perdón. Pero allá en el fondo de sus mentes se preguntarían cómo la sangre de animales podía solucionar el pecado. Esto lo tenían que hacer continuamente, cada vez que cometían un pecado y su conciencia los molestaba. El autor de Hebreos decía: «Esto nos ilustra hoy día que las ofrendas y los sacrificios que allí se ofrecen no tienen poder alguno para perfeccionar la conciencia de los que celebran ese culto» (Heb. 9: 9).

Pero la sangre de Cristo sí puede limpiar nuestra conciencia. Es decir, no solo nos trae el perdón de nuestros pecados y nos libera de la culpa, sino que nos purifica y limpia interiormente del mal. El apóstol nos dice: «La sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1: 7). Limpiar la conciencia significa limpiar la mente. Solo Dios puede hacer esto. Ha obtenido el derecho en virtud de lo que Cristo hizo en la cruz por nosotros.

Se nos dice: «Debemos formar caracteres libres de pecado, caracteres hechos justos en la gracia de Cristo y por ella. Nuestros corazones deben ser limpiados de toda impureza en la sangre derramada para quitar el pecado» (*Consejos sobre la salud*, p. 635).

## La sangre como medio de victoria

*Sin embargo, gracias a Dios que en Cristo siempre nos lleva triunfantes  
(2 Corintios 2: 14).*

**L**A SANGRE DE CRISTO ES TAMBIÉN el medio por el cual podemos alcanzar la victoria en la vida cristiana, y también la victoria final en el gran conflicto. Dice el revelador: «Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y por el mensaje del cual dieron testimonio» (Apoc. 12: 11). La sangre derramada de Cristo nos hace victoriosos. Pero esto encierra una gran paradoja. Cristo murió en la cruz del monte Calvario, y allí derramó su sangre por nosotros. A los ojos humanos, su muerte fue un fracaso rotundo. Pero desde el ángulo de la fe, era una gran victoria. Tan grandiosa que lo llevó a la «glorificación». Jesús afirmó: «Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado [...]». Ciertamente les aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, se queda solo. Pero si muere, produce mucho fruto» (Juan 12: 23, 24). «Cuando Judas hubo salido, Jesús dijo: “Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en el”» (13: 31). Jesús triunfó cuando entregó su vida. El plan de la salvación contemplaba que muriera por los pecados del mundo. Cuando Cristo finalmente vertió su sangre, el cielo celebró su triunfo.

Pero la victoria de Cristo fue nuestra victoria. Su triunfo nos alcanzó a todos. Triunfamos en él. Obtuvo el derecho de capacitarnos para vencer el mal. Por eso, el apóstol exclamaba: «¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!» (1 Cor. 15: 57). Con esta seguridad vamos por la vida no como personas derrotadas sino como personas victoriosas.

Meditemos: «La vida cristiana es una entrega diaria, sumisión y continuo triunfo que gana renovadas victorias cada día. Esto es el crecimiento en Cristo, que da forma a la vida de acuerdo con el modelo divino» (*A fin de conocerle*, p. 56).